

# Las “buenas obras” de las reinas helenísticas: benefactoras y poder político \*

The “good deeds” of Hellenistic queens: benefactresses and political power

María Dolores Mirón Pérez

Universidad de Granada.

Recibido el 31 de enero de 2012.

Aceptado el 30 de marzo de 2012.

BIBLID [1134-6396(2011)18:2; 243-275]

## RESUMEN

Este artículo trata sobre la participación de las reinas helenísticas en el sistema, típico de las sociedades griega y romana, del evergetismo, como mecanismo tanto para satisfacer necesidades de las comunidades ciudadanas, como de control social y afianzamiento del poder. Mediante donaciones y servicios, las reinas actuaron como agentes de cohesión y bienestar sociales, y contribuyeron al sostenimiento del poder de las dinastías a las que pertenecían. Cuando tenían carácter interestatal, eran un mecanismo de la diplomacia real, sirviendo a la extensión de influencia de sus reinos sobre las ciudades griegas formalmente independientes. Analizar estas actuaciones es esencial para comprender el sistema del evergetismo en su conjunto y las sociedades que lo originaron, pues se intersecta con el sistema de género. Y ante todo supone reflexionar sobre el poder de las mujeres, lo cual significa, cuando hablamos de reinas, sobre el poder político.

**Palabras clave:** Reinas. Grecia helenística. Benefactoras. Evergetismo. Mediación. Cohesión social. Diplomacia. Poder. Política.

## ABSTRACT

This work deals with the participation of Hellenistic queens in the euergetism —a system characteristic of Greek and Roman societies— as a mechanism for satisfying needs of civic communities, as well for social control and supporting power. Through benefactions, the queens acted as agents of social cohesion and welfare, and contributed to the support of power of the royal dynasties they belonged. In an international level, these benefactions were a mechanism of royal diplomacy, serving to spread the influence of their kingdoms over the nominally independent Greek cities. By analysing these queen’s activities we will

\* Este artículo se inscribe dentro del Proyecto I+D HAR2008-01368/HIST: *Política y genero en la propaganda en la Antigüedad: antecedentes y legado*.

reach a more comprehensive understanding of the euergetism system and the societies that produced it, as it is intersected by gender. And especially this analysis implies a reflection on women's power, that, when speaking about queens, means political power.

**Key words:** Queens. Hellenistic Greece. Benefactresses. Euergetism. Mediation. Social cohesion. Diplomacy. Power. Politics.

## SUMARIO

1.—Reinas y monarquía en Grecia. 2.—Devoción religiosa, generosidad y poder. 3.—Patronazgo cívico, cohesión social y diplomacia. 4.—Mujeres, *euergesia*, participación pública y poder.

En griego antiguo existía un sustantivo, *euergesía*, para designar a la “buena obra” o la “buena conducta”; y un verbo, *euergeteô*, para “hacer” u “obrar bien”. Tenía, pues, un sentido amplio, que abarcaba todos los ámbitos de la realidad cotidiana y de la conducta moral, desde la buena construcción de un barco a la mujer que se comportaba con virtud. Implicaba que esa buena acción iba dirigida al bien de alguien, como un beneficio, servicio o favor, que eran también acepciones de la palabra *euergesia*. El o la *euergetês* (“quien obra bien”) era el término que designaba al benefactor/a. Y fue uno de los epítetos más usuales entre los reyes y reinas helenísticos, junto con el de *sôtêr* (“salvador”), dentro de la parafernalia propagandística que justificaba su poder.

El primer monarca en incorporar este epíteto a su nombre oficial fue Ptolomeo III de Egipto (246-221 a.C.). Entre sus muchos actos en beneficio del reino, destacan sus actuaciones en favor de los templos y la honra a las divinidades, empezando por la devolución a Egipto, tras una campaña militar, de imágenes y objetos sagrados que habían sido robados por los persas; se elogia su mantenimiento de la paz, defendiendo al país de los enemigos y proveyendo a sus súbditos de orden y leyes; y su auxilio a la población en épocas de hambruna. De todos estos actos se señaló como copartícipe a su esposa, Berenice II, quien también recibió el sobrenombre de Everetes. Se dice de ambos que dejaron detrás “un beneficio inmortal y el mayor recuerdo de su virtud tanto para sus contemporáneos como para las generaciones futuras”, a cambio de lo cual las divinidades los habían recompensado con un reino en paz y toda clase de bienes. Ambos fueron merecedores de recibir culto<sup>1</sup>. Aunque ni fueron los primeros monarcas en ejercer *euergesia* real ni en ser objeto de culto, sí son un excelente ejem-

1. DITTENBERGER, W.: *Orientis Graecae Inscriptiones Selectae*. Leipzig, 1903-5 (= *OGIS*), 56.

plo del significado y de los mecanismos de funcionamiento del sistema de donaciones y honores del mundo helenístico griego.

De la palabra *euergesia*, la historiografía contemporánea ha creado el término evergetismo para designar un fenómeno típico de las sociedades griega y romana: la contribución voluntaria de las clases acomodadas al bienestar de la comunidad mediante donaciones y servicios en su favor, acciones que merecían el reconocimiento público mediante honores de diverso tipo<sup>2</sup>. Estas actuaciones implicaban a menudo, como en el ejemplo señalado, actos de piedad hacia las divinidades, pero el sentido último era contribuir al bienestar general, favoreciendo la cohesión y la paz sociales y, de paso, justificando el poder de las élites o de los reyes, pues de este modo se creaban lazos de gratitud con la colectividad beneficiada. El sistema requiere, pues, reciprocidad: los actos de evergetismo son correspondidos con honores, y sin duda se esperan nuevos favores a cambio. Aunque el fenómeno hunde sus raíces en la Grecia clásica y tuvo su más alta expresión en el mundo romano, el impulso se produjo en época helenística, los monarcas a la cabeza, presentados como grandes benefactores de comunidades propias y ajenas, pues no sólo el sistema de evergetismo y honores funcionó entre ellos y sus súbditos, sino también entre ellos y las ciudades-estado independientes<sup>3</sup>.

En este trabajo se tratará de la participación de las mujeres de las casas reales helenísticas en actos de *euergesia* y, por tanto, como benefactoras de la colectividad. El evergetismo, como hemos visto en el caso de Berenice II, no es un fenómeno exclusivo de varones. Las reinas también se involucraron activamente en el sistema, favoreciendo la cohesión social y las relaciones diplomáticas. Analizar estas actuaciones es esencial para comprender el fenómeno en su conjunto y las sociedades que lo originaron, pues, como todo, se intersecta también con el sistema de género. Y ante todo supone reflexionar sobre el poder de las mujeres, cómo se manifiesta y qué significados alcanza; lo cual significa, cuando hablamos de reinas, sobre el poder político.

2. Sobre el evergetismo en el mundo griego, ver GAUTHIER, Philippe: *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs (IVe-Ier siècles avant J.-C). Contribution à l'histoire des institutions*. Atenas, École Française d'Athènes, 1985. Un clásico, aunque polémico, estudio sobre este fenómeno: VEYNE, Paul: *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*. París, Seuil, 1976.

3. BILLOWS, Richard A.: *Kings and colonists. Aspects of Macedonian imperialism*. Leiden, E. J. Brill, 1995, pp. 70-80; GAUTHIER, *op. cit.*

### 1.—Reinas y monarquía en Grecia

Durante el siglo IV a.C., el mundo de la *polis*, de las ciudades-estado griegas, entra en crisis, en medio de convulsiones políticas y sociales, y de cambios socioeconómicos, culturales, intelectuales y en las relaciones de género. A mediados de siglo, desde el norte, entra en primer plano político el reino de Macedonia, que hasta entonces había sido marginal. Uno de sus reyes, Filipo II, adopta de lleno una política expansionista que acabará afectando a la soberanía de las *poleis* griegas, vencidas finalmente por el ejército macedonio en la batalla de Queronea (338 a.C.).

El hijo y heredero de Filipo II, Alejandro III, conocido por la posteridad como Alejandro Magno, llevó su política de expansión más allá del mundo griego, conquistando el amplio territorio del Imperio Persa. A su muerte (323 a.C.), sus amigos y generales —los llamados diádocos— se disputaron el imperio, hasta crear finalmente una serie de reinos distintos y en continua competencia. Se entraba así en la llamada época helenística, que duraría hasta la conquista romana, producida espacialmente en momentos diferentes, hasta la caída del último de estos reinos, Egipto, y la última de sus reinas, la célebre Cleopatra VII, en el año 31 a.C.

El mundo helenístico trajo una serie de cambios trascendentales sin los cuales es imposible entender la historia del Mediterráneo y de Europa<sup>4</sup>. Supuso una ampliación de horizontes, hasta entonces impensables en Occidente, así como una aceleración y asentamiento de cambios que ya se habían empezado a producir a finales de la época clásica. Es una época de cosmopolitismo, individualismo y multiculturalidad. Socialmente, la prosperidad económica general no se traduce tanto en una mejora en las condiciones de las clases sociales bajas, como en un crecimiento de la riqueza de las élites; por tanto, en una mayor desigualdad social, que va a suponer una mayor dependencia de las clases menos favorecidas respecto a las más ricas. Políticamente conviven, por un lado, los reinos helenísticos, afanados en extender su área de influencia, con, por el otro, las ciudades-estado griegas, formalmente autónomas, pero de hecho cada vez más sometidas al control de los distintos reyes, en medio de sus intentos de hegemonía. Y, si

4. Sobre el mundo helenístico y sus transformaciones existe una abundante bibliografía. Ver, entre otros, ERSKINE, Andrew (ed.): *A companion to the Hellenistic world*. Oxford, Blackwell, 2003; GREEN, Peter: *Alexander to Actium. The historical evolution of the Hellenistic Age*. Berkeley, University of California Press, 1990; LÓPEZ MELERO, Raquel: *Filipo, Alejandro y el mundo helenístico*. Madrid, Arco, 2002; PREAUX, Claire: *El mundo helenístico*. Barcelona, Labor, 1984; ROSTOVTZEFF, Mijail: *Historia social y económica del mundo helenístico*. Madrid, Espasa-Calpe, 1967; SHIPLEY, Graham: *El mundo griego después de Alejandro: 323-30 a.C.* Barcelona, Crítica, 2001.



“Vaso de la reina”: Berenice II Evergetes con cornucopia.  
Malibu (California), Colección de Villa Getty.

los reinos están gobernados por monarquías hereditarias, en el mundo de las ciudades el poder político ira tendiendo a ser, cada vez más, asunto de unas pocas familias de las élites.

Igualmente, cabe señalar que en el mundo helenístico, también con variaciones en el lugar y en el tiempo, se va asentando un fenómeno que ya venía manifestándose en el mundo clásico desde finales del siglo V: una mayor presencia pública de las mujeres en todos los ámbitos<sup>5</sup>. Aunque esto

5. Sobre las mujeres a finales de época clásica y en el mundo helenístico, ver BIELMAN, Anne: *Femmes en public dans le monde hellénistique*. Lausana, SEDES/VUEF, 2002; CALERO SECALL, Inés: *La capacidad jurídica de las mujeres griegas en la época helenística. La epigrafía como fuente*. Málaga, Universidad de Málaga, 2004; FERRANDINI TROISI, Franca: *La donna nella societ ellenistica: testimonianze epigrafiche*. Bari, Edipuglia, 2000; MIRÓN, M.O Dolores: “Las mujeres de Atenas y la Guerra del Peloponeso”. En NASH, Mary y TAVERA, Susanna (eds.): *Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la edad antigua a la contemporánea*. Barcelona, Icaria, 2003, pp. 33-44;

no significó en esencia una transformación trascendental en los papeles de género de mujeres y hombres, y la igualdad entre los sexos no sólo estuvo lejos de ser alcanzada sino incluso de ser pensada —salvo, en algunas corrientes filosóficas, en lo concerniente a la igualdad en capacidades morales e intelectuales—, sí supuso una ampliación de los espacios y la autoridad formal e informal de las mujeres, e incluso una mayor porosidad entre los ámbitos femeninos y masculinos, bastante claros y estrechos en general en el mundo de la *polis*, aunque también en esto cabría matizar más de lo que se suele hacer. Estos cambios se manifestaron, por lo que respecta a las mujeres, en una mayor libertad e independencia, un mayor acceso a la riqueza y al uso libre de la misma, una mayor influencia social y reconocimiento público, mayores perspectivas intelectuales; en definitiva, en especial para las mujeres de las élites, una ampliación en sus márgenes de poder, entendido éste en el sentido amplio de la palabra, y no sólo como poder político. No obstante, cuando hablamos de reinos y reinas, implícitamente hablamos de poder político. También en el amplio sentido de la palabra.

Las familias reales no son familias normales. Son familias en el poder (político). Todo lo que sucede en ellas tiene repercusión política. Sus alianzas matrimoniales son alianzas políticas; sus conflictos familiares, conflictos políticos; sus nacimientos y defunciones, acontecimientos políticos. Esto es cierto en toda monarquía desde el momento en que se establece un poder hereditario, es decir, dinástico; cuando reproducirse necesita producir biológicamente nuevos dirigentes políticos. Por tanto, por más que sea un solo miembro de esa familia quien tenga en sus manos el poder político explícito y formal, éste incumbe a todo el conjunto. De este modo, las fronteras entre lo público y lo privado, que en ningún caso son sólidas, se tornan aún más flexibles, hasta llegar a confundirse.

Las mujeres de las familias reales tampoco son mujeres normales. Como parte de una familia en el poder, comparten en cierto modo el poder, lo que quiere decir el poder político. En primer lugar, en tanto productoras reales o potenciales de herederos al trono, son transmisora del poder real e incluso pueden llegar a ser sus depositarias, lo cual, aunque pueda ser a menudo de manera simbólica, las coloca en una posición no desdeñable para participar de algún modo en él. Y además, ¿no es acaso un acto político por sí mismo proporcionar a un futuro dirigente político? En segundo lugar, una familia real no sólo es poderosa, sino que debe demostrar que el

---

POMEROY, Sarah B.: *Women in Hellenistic Egypt. From Alexander to Cleopatra*. Nueva York, Shocken Books, 1984; PREAUX, Claire: “Le statut de la femme l’époque hellénistique, principalement en Egypte”. *Recueils de la Société Jean Bodin*, 11 (1959), 127-175; VATIN, Claude: *Recherches sur le mariage et la condition de la femme mariée l’époque hellénistique*. París, De Boccard, 1970.

poder le pertenece en justicia, que es la mejor para gobernar, no sólo por su superioridad militar, sino también por las elevadas virtudes y conductas —aunque la realidad pueda indicar algo distinto— de sus miembros, productoras de grandes beneficios para sus súbditos. De ahí que toda monarquía se rodee de un aparato propagandístico destinado a exaltarla en estos términos, habitualmente con la participación de todos los miembros de la familia, incluidos los femeninos. Eso convierte a las mujeres de las casas reales en personajes públicos, por más que el énfasis de la propaganda se ponga en sus virtudes y conductas “domésticas”, es decir, apropiadas a su condición de género. Esta condición de personajes públicos las pone en plano destacado ante la sociedad y, por tanto, en posición de influir de algún modo sobre ella, en lo que se incluyen conductas que repercuten en el bienestar de la comunidad. En cuarto lugar, la cercanía al poder puede ser una oportunidad para influir directamente en él; y ésta es una forma de poder, aunque no sea explícito. Finalmente, en ocasiones, una mujer de una casa real puede traspasar las barreras de género y alcanzar el poder político legítimo y explícito, aunque sea “sin la plena investidura”, como diría Celia Amorós<sup>6</sup>.

Por supuesto, estos fenómenos pueden producirse en mayor o menor grado, con mayores o menores variaciones, en función del espacio y el tiempo, o de las características de la propia dinastía. Hay monarquías que invisibilizan a sus mujeres, aunque su influencia sobre el poder político desde la sombra pueda ser considerable; y el acceso al poder formal no siempre estará a su alcance, así suponga el hundimiento de un linaje. En lo que se refiere a las monarquías helenísticas<sup>7</sup>, la función de las reinas como reproductoras del poder y la influencia social y política están, con variaciones en su reconocimiento público, presentes en casi todas las dinastías.

6. AMORÓS, Celia: “Sin la completa investidura”. En: *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*. Madrid, Cátedra, 2005, pp. 425-436.

7. Sobre las reinas helenísticas, ver CARNEY, Elizabeth D.: *Women and monarchy in Macedonia*. Norman, University of Oklahoma Press, 2000; LE BOHEC, Sylvie: “Les reines de Macédonie de la mort d’Alexandre à celle de Persée”. *Cahiers du Centre G. Glotz*, 4 (1993), 229-245; MACURDY, Grace H.: *Hellenistic Queens. A Study of Women-Power in Macedonia, Seleucid Syria, and Ptolemaic Egypt*. Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1932; MIRÓN PÉREZ, M.ª Dolores: “Transmitters and Representatives of Power: Royal Women in Ancient Macedonia”. *Ancient Society*, 30 (2000), 35-52. NOURSE, Kyra L.: *Women and the early development of royal power in the Hellenistic East*. PhD Dissertation. University of Pennsylvania, 2002. Disponible en ProQuest: <http://repository.upenn.edu/dissertations/AAI3073038>; POMEROY, *op. cit.*, pp. 3-40; SAVALLI-LESTRADE, Ivana: “Il ruolo pubblico delle regine ellenistiche”. En ALESSANDRI, Salvatore (ed.): *Historie. Studi offerti dagli allievi a Giuseppe Nenci in occasione del suo settantesimo compleanno*. Puglia, Congedo, 1994, pp. 415-432.



Medallón romano de oro con la efigie de Olimpia.  
Tesalónica, Museo Arqueológico.

En cuanto al ejercicio directo del poder político, se circunscribe a algunas regencias —poder, por tanto, prestado y temporal—, y a unas pocas reinas gobernantes del Egipto ptolemaico, aunque siempre compartiendo formalmente el poder con un varón.

En Grecia el poder político nunca dejó de ser, por definición, masculino, ya que estaba estrechamente ligado a ese asunto exclusivo de hombres que era la milicia. Los primeros reyes helenísticos, los diádocos, lo fueron gracias, en primer lugar, a su superioridad militar, ámbito de competencia eminentemente masculina, aunque para justificar y asentar su poder también crearon una imagen de superioridad moral, no sólo militar. A partir de ahí crearon dinastías, su poder —y su carisma<sup>8</sup>— se transmitió a otros varones de la familia, sus herederos así reconocidos, dentro de un sistema dinástico que acabaría funcionando con mayor o menor mecanicidad. La naturaleza del cargo de reina era distinta: lo era en virtud de su matrimo-

8. Sobre la imagen del rey como líder carismático, compendio de virtudes militares, políticas, intelectuales, religiosas y éticas, pero siempre en el seno de una familia —un rey es también hijo, padre y marido—, ver ROY, Jim: “The masculinity of the Hellenistic king”. En FOXHALL, Lin y SALMON, John (eds.): *When men were men. Masculinity, power and identities in Classical Antiquity*. Londres, Routledge, 1998, pp. 111-135.

nio, en función de ser esposa y madre de rey; no era transmisible, no tenía por qué proceder de una familia real; y dependía de la voluntad del rey, que era quien la designaba como tal<sup>9</sup>. Y, por supuesto, entre sus funciones no se hallaba —no en la definición de reina como esposa del rey, aunque sí en la corregente— el ejercicio directo del poder político, competencia exclusiva de su marido.

Eso no significa que las reinas no tuvieran una función pública —con sus repercusiones políticas—, más o menos formal. Lo que aquí nos interesa ahora es su influencia —entendida dentro del concepto amplio de poder— social y política como benefactoras de la comunidad. Aparte de la imagen —más o menos real— que se pretendiese propagar de las reinas, éstas realizaron una serie de actos que por sí mismos ofrecían de ellas una imagen de benefactoras, ya fuese para sus reinos, como para las áreas donde éstos ejercían o pretendían ejercer influencia. Fuesen actos debidos a una genuina generosidad o a intereses políticos, fuesen emanados de su propia voluntad o alentados desde el poder masculino, podemos entenderlos como elementos fundamentales en los que las mujeres colaboraban en la justificación del poder real en tanto poder benefactor para la comunidad, lo cual repercutía desde luego en el asentamiento en el poder de los reyes, pero también en una no desdeñable influencia pública para sí mismas.

La actividad evergética, que en el mundo clásico implicó sobre todo a varones, que eran los que tenían y podían usar libremente en mayor grado su patrimonio y los más interesados e implicados en el poder político, fue uno de los mecanismos de cohesión y bienestar sociales utilizados por las mujeres de las familias reales, que contribuían, de este modo, al reforzamiento de las mismas. Al mismo tiempo, tenía a menudo un carácter interestatal, por lo que servía a su vez a los intereses políticos de los reinos helenísticos de cara a la extensión de su influencia sobre las ciudades griegas.

## 2.—*Devoción religiosa, generosidad y poder*

Una parte importante de la *euergesia* era empleada en la religión. La piedad hacia las divinidades era una de las virtudes esenciales en el mundo clásico antiguo, y en ello los reyes y reinas procuraban presentarse como paradigmas. En ese sentido, a los monarcas les interesaba hacer pública su piedad y la de sus esposas, como también las virtudes domésticas de éstas. Por ejemplo, en el reino seléucida, Antíoco III, en una carta destinada al gobernador de Caria (189 a.C.), en la que ordenaba el establecimiento en

9. SAVALLI-LESTRADE, *op. cit.*, pp. 417-419.

todo su imperio del culto —y sus sacerdotisas— a su esposa Laodice, elogia a la misma por su conducta ejemplar como esposa —por “vivir amorosamente” con él— y su piedad hacia los dioses<sup>10</sup>. Apolonis, reina de Pérgamo, que recibió el epíteto de Eusebes (“piadosa”), construyó pórticos y lugares para el culto en el santuario de Deméter de la capital de su reino, y fue especialmente elogiada por su amor a su esposo, la buena educación que había proporcionado a sus hijos y su afecto a su nuera, en suma, por sus virtudes como esposa, madre y suegra ejemplar, procurando una armonía y una cohesión familiares que sin duda repercutirían en la armonía y cohesión del reino, además de procurar a éste el favor de los dioses. Recibió ella misma culto a su muerte<sup>11</sup>.

Favorecer a las divinidades era favorecer a toda la comunidad, pues de este modo se atraía su protección y capacidad para proporcionar bienestar a todo el conjunto, como hemos visto al principio de este artículo al hablar de Ptolomeo III y Berenice II Evergetes. Una donación religiosa era, por tanto, mucho más que una expresión de devoción particular, sobre todo si era realizada por alguien en el poder o cercano a él. Era expresión de una piedad que repercutía positivamente en toda la población. Y también era por sí misma una expresión de poder y magnificencia. Y así se manifestaba tanto en las donaciones realizadas en sus reinos, como en los templos de las ciudades griegas y, sobre todo, los santuarios panhelénicos, donde no eran infrecuentes las ricas ofrendas —a menudo plasmadas en la erección de nuevos edificios— de los reyes. En dichos santuarios, la ofrenda no sólo tendría una publicidad más amplia e internacional, sino que se manifestaba la intención de ganarse la buena voluntad y el apoyo de las ciudades griegas, en la competencia entre monarquías por obtener la hegemonía. Y también podía ser una expresión de poder —o de intención de poder— sobre el santuario.

De entre los santuarios panhelénicos, los preferidos por las monarquías fueron, desde el principio, Delfos y Delos. Olimpia, la madre de Alejandro Magno, ofreció coronas de oro en Delfos y entregó al santuario 190 dáricos, la moneda de oro persa, lo que ha hecho pensar que para ello debió de utilizar parte del rico botín que su hijo le envió desde Asia, tras la toma de Tiro y Gaza (332 a.C.) o tal vez tras la batalla de Gránico (334 a.C.)<sup>12</sup>.

10. OGIS 224; BIELMAN, *op. cit.*, n.º 6; WELLES, C. Bradford: *Royal correspondence in the Hellenistic period. A study in Greek epigraphy*. Roma, L'Erma di Bretschneider, 1966, n.º 36.

11. OGIS 308-309; BIELMAN, *op. cit.*, n.º 7; Polibio, 22, 20; Plutarco, *Moralia*, 480C; VAN LOOY, Herman: “Apollonis reine de Pergame”. *Ancient Society*, 7 (1976), 151-165.

12. DITTENBERGER, W.: *Sylloge Inscriptionum Graecarum*. Leipzig, 1915-24 (= SIG), 252 N, 5-8; Plutarco, *Alejandro*, 25,4; CARNEY, Elizabeth D.: *Olympias, mother of Alexander the Great*. Nueva York, Routledge, 2006, p. 96.

Devociones personales aparte, en las que no entro en consideración en este artículo, se trataba de una ofrenda de alto significado político. No hay que olvidar que Delfos era la sede del oráculo más famoso del mundo griego, y que durante las épocas arcaica y clásica tuvo una gran influencia política<sup>13</sup>. Aunque perdió parte de esta influencia en época helenística, siguió gozando de enorme prestigio. Delfos había sido uno de los santuarios preferidos para conmemorar, mediante monumentos o mediante otro tipo de ofrendas, las victorias militares de unas ciudades sobre otras, pero también donde se elevaba la célebre Columna de la Serpiente, monumento que conmemoraba la victoria de la coalición de ciudades griegas contra los invasores persas en la batalla de Platea (479 a.C.). Una empresa, pues, panhelénica, del conjunto de la civilizada Grecia sobre los bárbaros persas, al igual que pretendía ser la campaña conquistadora de Alejandro sobre Asia, que se había marcado en un principio el objetivo de liberar a las ciudades griegas sometidas al dominio persa. Olimpia se convertía así en agente activo de publicidad de su hijo en tanto campeón del mundo griego, y al mismo tiempo se presentaba a sí misma como partícipe en su poder, que se traducía en una influencia pública, nacional e internacional, en la que defendería tanto los intereses de su hijo como los de ella misma. Que una mujer no pudiera ejercer el poder político legítimo y explícito, como era el caso en Macedonia, no significa que no pudiese hacerlo de manera implícita.

Otro de los santuarios panhelénicos preferidos fue Delos, la isla donde se decía la diosa Leto había dado a luz a Apolo y Artemis, y sede en el siglo V a.C. de la Liga Délica, auspiciada y controlada por Atenas<sup>14</sup>. El santuario alcanzó su esplendor en época helenística, cuando se convirtió en el mercado principal para el comercio de esclavos de todo el Mediterráneo, lo que atrajo el interés de muchos pueblos, griegos y extranjeros —Roma incluida—, que fijaron en ella establecimientos permanentes y pequeñas colonias de comerciantes. No es de extrañar que un lugar tan cosmopolita y rico atrajera la atención de todas las monarquías helenísticas, no sólo para que su propaganda tuviese un eco más internacional, sino también con seguridad la intención de controlar un mercado tan provechoso. De ahí que abundaran las ofrendas de todo tipo, en las que se implicaron las reinas.

Por ejemplo, Estratonice II —hija de Demetrio I Poliorcetes, rey de Macedonia, y esposa primero de Seleuco I y luego del hijo de éste Antíoco I, reyes de Siria— realizó en Delos muchas dedicaciones a Leto, Ártemis

13. Sobre Delfos, BOMMELAER, Jean François: *Guide de Delphes: le site*. Atenas, École Française d'Athènes, 1991.

14. Sobre Delos, BRUNEAU, Philippe: *Guide de Délos*. Atenas, École Française d'Athènes, 1983.



Moneda de Tespias (Beocia). En el anverso, Arsínoe III (?) velada; en el reverso, lira.

y Apolo, dios que los Seléucidas consideraban su ancestro. No obstante, las inscripciones no hacen mención a esta conexión, sino que enfatizan la condición de Estratonice como hija de un rey. De hecho, varias de estas dedicaciones estaban conectadas con las bodas de sus hijas con miembros de la dinastía Antígónida de Macedonia, a la que ella pertenecía. Celebró la boda de su hija Fila III con su hermano Antígono Gonatas ofreciendo a Apolo un collar de su padre y las ajorcas para el tobillo de su hija; la de otra de sus hijas, Estratonice III, con su sobrino Demetrio II, sustituyendo la corona de oro de la imagen de Apolo por otra más magnífica, y donando coronas para las pequeñas Gracias que estaban en la mano de Apolo, y un collar para Leto. De este modo, más que actuar como representante de su familia política, parecía hacerlo en favor de los intereses de su familia paterna<sup>15</sup>. No obstante, sin duda también consideró los de su esposo, aunque parecía en especial orgullosa de su propio linaje<sup>16</sup>, lo cual por otro lado indicaría que, aparte de a su familia —la paterna y la conyugal—, Estratonice también se estaba promocionando a sí misma y, por tanto, sus intereses personales. En todo caso, Estratonice parece haber actuado como embajadora, desplegando una intensa actividad diplomática, de su familia paterna, tanto durante su matrimonio con Seleuco como con el hijo de éste, Antíoco<sup>17</sup>. Con sus donaciones en Delos en ocasión de las bodas de

15. *Inscriptiones Graecae* (= IG) XI<sup>2</sup> 161 B; 199 B; 287 B. Sobre el significado de estas donaciones, ver CARNEY, *Women and monarchy*, *op. cit.*, pp. 171-172; TARN, William W.: *Antigonos Gonatas*. Oxford, Clarendon Press, 1913, pp. 348-353.

16. NOURSE, *op. cit.*, pp. 248-250.

17. Plutarco, *Demetrio*, 50,9.

su hijas, no sólo procuraba la protección divina a un matrimonio, sino a una alianza política, pues, en las casas reales, el establecimiento de lazos familiares era un mecanismo más —y no secundario— de la diplomacia. Su patronazgo sobre Delos fue, a su vez, recompensado con la erección de una estatua, así como la dedicación de un *temenos* (espacio sagrado) en el santuario<sup>18</sup>, por lo que es probable que ella misma fuese objeto de culto. También se dedicó una estatua a su hija Fila III<sup>19</sup>.

No fueron las únicas reinas y dinastías que hicieron ofrendas religiosas y fueron celebradas por ello en el santuario. Pero no deja de ser llamativa la singular frecuencia de donaciones y honores a reinas en un contexto de vínculo familiar entre las dinastías Antigónida y Seléucida. También fue honrada, por ejemplo, Laodice V, esposa del rey macedonio Perseo e hija de Seleuco IV, por su piedad y bondad hacia el templo y buena voluntad hacia el pueblo de Delos<sup>20</sup>.

Los santuarios de Apolo —normalmente asociados a los de su hermana Artemis— en general son especialmente favorecidos por las reinas, como lo son por los reyes, sin duda para ganarse el favor —o agradecerlo— de sus oráculos. La primera reina Seléucida, la persa Apama, contribuyó, junto con su esposo Seleuco, a la construcción del templo de Dídima, en Mileto, y fue honrada con la erección de una estatua de bronce en el santuario de Artemis (299/298 a.C.). Como he señalado, la dinastía se decía descendiente de Apolo; además su oráculo en Dídima había predicho —eso aseguraba él— el advenimiento de Seleuco I como rey<sup>21</sup>.

Otros santuarios griegos fueron también favorecidos por la dinastía Lágida, los Ptolomeos de Egipto. Si la identificación propuesta es correcta, hacia 210-208 a.C., Arsínoe III, junto con su esposo y hermano Ptolomeo IV, favoreció los festivales anuales de los *Museia* —en honor de las Musas del Helicón, divinidades estrechamente relacionadas con Apolo— en la ciudad beocia de Tespias, que habían sido reorganizados recientemente y comprendían concursos teatrales, musicales y corales, cuyos vencedores recibían premios similares a los de los Juegos Olímpicos. Arsínoe en concreto dotó el premio a los vencedores en los ditirambos, tragedias y comedias. La reina, como hemos visto en otros casos, tuvo una estatua en el santuario, y la ciudad de Tespias acuñó moneda con la figura de una mujer velada en el anverso —identificada con Arsínoe III—, y una lira, símbolo de Apolo y las Musas, en el reverso. En aquella época el rey Filipo V de Macedonia

18. *IG XI 4*, 514.

19. *OGIS 216*; *IG X<sup>2</sup> 1*, 277.

20. *IG XI 4*, 1074; *SIG<sup>3</sup> 639*.

21. *Supplementum Epigraphicum Graecum* (= *SEG*) 4, 442; *OGIS 745*. Ver BIELMAN, *op. cit.*, n.º 10.

había iniciado una política expansionista, y en cambio Egipto se hallaba debilitado militarmente, por lo que sería especialmente preciso ganarse el apoyo de las ciudades griegas, y de hecho se documentan otras donaciones y honores en diversos lugares de Beocia<sup>22</sup>. Arsínoe III estaría, pues, colaborando con su marido en esta política internacional, y no ciertamente en un plano ni secundario ni extraoficial.

Del significado político que tienen las donaciones religiosas, es elocuente lo que nos dice el orador ateniense Hiperides, en un discurso datado en 330 a.C., acerca de unas ofrendas en las que Olimpia estuvo implicada<sup>23</sup>. Olimpia, seguramente como una ofrenda en favor de la recuperación de su hijo de sus muchas heridas sufridas en combate, regaló a la diosa Higia (la Salud) una copa votiva —presumimos que de alto valor— para ser sostenida por la mano de la estatua, en su templo de Atenas, ciudad que siempre estuvo en el punto de mira de los reyes macedonios, por su prestigio e influencia en el mundo griego. La ofrenda suscitó una disputa en el seno de la asamblea ateniense, porque, por otro lado, Olimpia, quizá por aquellas fechas retirada a su patria, Molosia en el Épiro, remitió a Atenas cartas de protesta porque los atenienses habían enviado una nueva cara y manos para la estatua de oro y marfil de Dione en el santuario de Dodona (Épiro), acompañadas de un rico y suntuoso adorno, y organizando con gran costo un espectáculo y un sacrificio, todo ello porque un oráculo de Zeus de Dodona les había ordenado renovar la estatua. Las palabras al respecto de Hiperides son reveladoras de la influencia real de Olimpia sobre la ciudad, pues su propio nombre —a destacar que Alejandro aparece en lugar secundario—, dotado de gran prestigio, se utiliza como arma política entre las diversas facciones atenienses. Es más, el orador la eleva a categoría de personaje poderoso y director del pueblo de Atenas, al mismo nivel que su hijo. Y también revela la trascendencia política de las donaciones religiosas como expresiones de poder:

[Olimpia] arguye que ella es soberana de la región donde se encuentra el templo, y que, por tanto, no nos compete tocar lo que quiera que sea. [...] Pues yo imagino que no se sostendrá que Olimpia tiene el derecho de

22. Donación: FEYEL, Michel: *Contribution à l'épigraphie béotienne*. Le Puy, Imp. de la Haute-Loire, 1942, pp. 103-117. Estatua de Arsínoe III: Pausanias, 9, 31,1. Moneda: SCHACHTER, Albert: "A note on the reorganization of the Thespian Mouseia". *Numismatic Chronicle*, (1961), 67-70. Ver BIELMAN, *op. cit.*, n.º 28; KNOEPFLER, Denis: "La reorganisation du concours des *Mouseia* l'époque hellénistique: esquisse d'une solution nouvelle". En HURST, Andr y SCHACHTER, Albert (eds.): *La montagne des Muses*. Ginebra, Droz, 1996, pp. 141-167.

23. Hiperides, *Euxenipo*, 19-20, 24-26.

renovar la decoración de los santuarios de Atenas y nosotros no tenemos el de hacer lo mismo en los de Dodona, y esto cuando hemos recibido la orden del dios<sup>24</sup>.

Estas suspicacias por parte de Olimpia —utilizadas, hay que recordarlo, por un orador hostil— nos indican que una donación puede significar hacer demostración clara de influencia, e incluso de pretensiones de poder sobre el santuario donde se realiza. Al menos así pareció entenderlo Olimpia, quien tal vez en ese momento pugnaba ella misma por hacerse con el control del oráculo de Dodona y consideró, por tanto, sospechosos los movimientos de Atenas, que por otro lado quizá no eran tan genuinamente devotos como Hiperides da a entender<sup>25</sup>. Es llamativa la singular relación que mantuvo Olimpia con la ciudad de Atenas, donde pareció gozar de particular prestigio, siendo sin embargo ésta en principio una de las ciudades más reacias a aceptar el poder macedonio y el de las mujeres. Es cierto que tanto Filipo como Alejandro lograron crear un fuerte partido pro-macedonio en esta ciudad, que contó, entre otros, con la furiosa oposición del orador Demóstenes, y que la relación entre ambos Estados distaba mucho de ser perfecta, como acabamos de ver. Pero la consideración hacia Olimpia parece ir más allá de la imposición de lo pragmático —es mejor unirse al poderoso que enfrentarse a él— o del simple terror, o incluso el soborno. Por otro lado, la dinastía real del Épiro siempre había tenido estrechos y cordiales lazos con Atenas<sup>26</sup>. A pesar de las reticencias que Olimpia pudiera suscitar en amplios círculos de Atenas, que añoraban su independencia, encontramos que, años más tarde, los atenienses, muerto Alejandro y oprimidos por los generales macedonios, recurrieron a ella para aliviar su situación. En efecto, al conocer que Olimpia había aceptado la dirección de la casa real —la diarquía entonces establecida en Macedonia tenía como titulares a un menor de edad y a un deficiente mental—, recordando el respeto que habían tenido hacia ella y confiando en que su poder era efectivo, esperaban lograr su favor para recuperar su autonomía. Sin embargo, la mediación de Olimpia fracasó<sup>27</sup>, lo cual es también un buen indicador de sus limitaciones frente al poderío militar de los generales, y por tanto, de las limitaciones del poder de las mujeres.

No fue la única mujer de la dinastía Argéada de Macedonia que realizó ofrendas en Atenas. Su nuera, Roxana, identificada en la inscripción como “esposa del rey Alejandro”, también puso su atención en esta ciudad, y ofre-

24. Hiperides, *Euxenipo*, 25-26.

25. CARNEY, *Olympias*, *op. cit.*, pp. 91-92.

26. CARNEY, *Olympias*, *op. cit.*, p. 51.

27. Diodoro, 18, 65,1-3.

ció brazaletes y recipientes rituales de oro a Atenea Polias<sup>28</sup>. Seguramente la dedicación se produjo ya viuda y una vez en Grecia —no necesariamente en Atenas; una ofrenda puede no ser entregada personalmente—, y desde luego antes de 316 a.C., en que ella y su hijo fueron apresados por Casandro. La identificación como esposa de Alejandro Magno y no como madre de su heredero es lógica, si tenemos en cuenta que el rey Alejandro IV era un niño de corta edad, co-rey junto con su tío y bajo una disputada regencia, frente al carisma y prestigio de su padre. Por otro lado, la inscripción que da cuenta de la donación no fue emanada por ella, sino que era una relación de ofrendas por parte del templo. En todo caso, identificar —o identificarse— a Roxana como esposa de Alejandro implicaba hacerlo como madre de su legítimo heredero. Y esto era sumamente importante para Roxana, teniendo en cuenta que se trataba de una princesa bactriana una “bárbara—, que su matrimonio con Alejandro había sido criticado por este motivo, y sin duda levantaba muchas reticencias tanto en Macedonia como en el mundo griego en general. Aparte de la implicación de Roxana en la política macedonia de estar presente de algún modo en Atenas, mediante su donación a una diosa tan griega y “civilizada” como Atenea, la viuda extranjera estaba haciendo una afirmación de helenismo y trabajando tanto por su propio prestigio como por el reconocimiento de su hijo en el mundo griego, pues una cosa iba en este caso unida a la otra.

Éstos son algunos ejemplos destacados entre otros muchos de la implicación de reinas helenísticas en donaciones religiosas, como vemos de alto significado político. La esfera religiosa era uno de los pocos ámbitos del mundo griego donde las mujeres podían participar pública y legítimamente, y obtener reconocimiento oficial. Sin entrar en devociones y emociones religiosas personales, sin duda las reinas helenísticas utilizaron este ámbito como un medio para hacerse ver y reconocer públicamente, aunque a una escala y con una repercusión hasta entonces insólitas en el mundo griego.

### 3.—*Patronazgo cívico, cohesión social y diplomacia*

Las actividades evergéticas de las reinas no se limitaron al patronazgo religioso —siempre entendiendo que en el mundo clásico antiguo no cabía separar lo religioso de lo cívico, como hemos visto—; también ejercieron patronazgo cívico, tanto sobre personas particulares como sobre la colectividad, nacional o internacional.

28. *IG II<sup>2</sup> 1492*, 45-49; KOSMETATOU, Elizabeth: “Rhoxane’s dedications to Athena Polias”. *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 146 (2004), 75-80.

Un ejemplo notable es Fila II, hija del poderoso y prestigioso Antípatro —regente de Macedonia y adversario de Olimpia—, esposa de Demetrio Poliorcetes y madre de la mencionada Estratonice II<sup>29</sup>. La imagen que de ella ofrecen las fuentes, al contrario de lo que suele ser habitual en las que intervienen activamente en política, es altamente positiva, puesta como un modelo de hija, esposa y hermana. En efecto, en el retrato casi hagiográfico que Diodoro de Sicilia nos ofrece de ella, se nos dice que era sabia y buena consejera, y así fue considerada por su padre y su esposo. Aparte de su actividad diplomática entre su padre y su esposo— Fila desarrolló una intensa obra de mediación social. De este modo, solía mediar, al parecer con bastante éxito, en las disputas internas del ejército, con su carácter conciliador. Además, actuaba como patrona, preocupándose en proporcionar matrimonios a las hijas de los pobres y en liberar a las personas inocentes de acusaciones injustas<sup>30</sup>. De este modo, mantenía la armonía social y militar, a la vez que se erigía en representante de la justicia, en un retrato que va a recordar las actividades de caridad, mediación social y justicia de algunas emperatrices romanas de la Antigüedad Tardía.

Quizá una de las actividades más llamativas de Fila, por lo que supone ver a una mujer implicada en algo tan masculino como el ejército, sea la de mediar en los conflictos y velar por el bienestar de la tropa. No fue la única. El mencionado decreto de Mileto en honor de Apama, donde la vimos contribuir a la construcción del templo de Dídima, también señala que la reina había mostrado “mucha buena voluntad y apoyo” a los soldados milesios que habían combatido junto a su marido. La naturaleza exacta de la actuación de Apama respecto a los soldados es desconocida, pero se han utilizado como ejemplos comparativos a otras contemporáneas: Fila, desde luego, y otra mujer no de la realeza pero sí cercana a ella, Cratesópolis, viuda de Alejandro, uno de los nietos de Antípatrio —sobrina, pues, de Fila, y fallida pretendiente de Ptolomeo I y Demetrio Poliorcetes. Tras la muerte de su marido, fue capaz de mantener sus propias guarniciones y gobernar en las ciudades de Corinto y Sición en el Peloponeso hasta 308 a.C. El que lo lograra se atribuye a que era “altamente estimada por los soldados gracias a sus actos de benevolencia, ya que era su costumbre ayudar a los caídos en desgracia y asistir a muchos que se hallaban sin recursos”<sup>31</sup>. Su mando militar parece directo, lo que no ocurre con Fila y Apama, y su benevolencia no se extendió a las poblaciones que conquistó, no al menos

29. Sobre Fila II, ver NOURSE, *op. cit.*, pp. 191-207; WEHRLI, Claude: “Phila, fille d’Antipater et épouse de Démétrius, roi des Macédoniens”. *Historia*, 13 (1965), 140-146.

30. Diodoro, 19, 59,4-5.

31. Diodoro, 19, 67,1-2. Ver NOURSE, *op. cit.*, pp. 213-216.

en el momento de la toma. En todo caso, lo que nos interesa resaltar ahora es su actividad mediadora anterior a arrogarse con el mando, y que nos evoca a Apama y Fila. Y significa que estas tres mujeres —y posiblemente otras, sobre todo en la época convulsa de los diádocos, cuando uno no sabía nunca dónde iba a parar— acompañaban a menudo el ejército de sus maridos. Es interesante encontrar, cuatro siglos más tarde, actitudes similares en algunas emperatrices romanas, que merecieron por ello recibir el título de *mater castrorum* (“madre de los campamentos”)<sup>32</sup>. También estos precedentes helenísticos remiten —incluida Cratesópolis antes de asumir el mando— ante todo a una actitud maternal.

La acción mediadora y protectora de las reinas se observa con mayor frecuencia en otros ámbitos. Respecto a su actuación como intercesoras de reos ante la autoridad real, parece ser ésta una de las prerrogativas de las reinas. De la citada Berenice II Evergetes se dice que, al ver a su marido escuchar las sentencias de los condenados a muerte mientras jugaba a los dados, pidió que se dejara de leer la lista, porque —aseguraba— un hombre debía tener toda su mente concentrada en un asunto cuando se decidía la suerte de alguien, pues no se debería jugar a los dados con la vida de los hombres<sup>33</sup>. Por tanto, Berenice aparece como más justa y compasiva que su marido, por otro lado tan exaltado por su carácter pacificador y benefactor. Parece como si el poder masculino, aun siendo benefactor, tendiese a ser distante e implacable; a su lado, las reinas podían presentarse, en cambio, como “caras amables del poder”, preocupadas de manera más cercana y directa por las personas. De este modo, no es infrecuente hallarlas intercediendo por otros ante el rey. Así hizo, por ejemplo, Cleopatra, a quien el tirano Dionisio de Heraclea Póntica le pidió intercediese por él ante su hermano, Alejandro Magno<sup>34</sup>. Recordemos también la solicitud de mediación a Olimpia por parte de Atenas ante los generales macedonios. Una inscripción de Trezene menciona a un embajador de esta ciudad que se presentó ante la reina Estratonice II —entonces esposa de Seleuco I— solicitándole su intercesión —concluida con éxito— para liberar los prisioneros y las naves que había capturado su marido, el rey, en la guerra<sup>35</sup>.

A veces el papel protector se internaba por derroteros quizá no tan cómodos para el rey. Olimpia realizó una acción que no sólo pone en cuestión el pretendido apoyo e incluso impulso, tan mantenido hoy en día, a las aventuras conquistadoras de su hijo, sino que la colocó en situación

32. MIRÓN PÉREZ, M.<sup>a</sup> Dolores: *Mujeres, religión y poder: el culto imperial en el Occidente mediterráneo*. Granada, Universidad de Granada, 1996, pp. 72-73.

33. Eliano, *Varia Histórica*, 14,43. Ver MACURDY, *op. cit.*, pp. 130-136.

34. Memnón, *FgrH* 434 F 4,37.

35. *IG IV* 750; BIELMAN, *op. cit.*, n.º 11.



Camafeo Gonzaga, con las efigies de Ptolomeo II y Arsinoë II (?).  
San Petersburgo, Museo del Hermitage.

de clara ilegalidad con algo que en su época era casi un crimen y que en la actualidad parecería propio de un movimiento de madres de soldados: proteger y asistir a desertores del ejército. Se dice que Olimpia ocultaba en su propio palacio a muchos jóvenes que se negaban al servicio militar, hasta que Alejandro envió a un oficial a traérselos sin miramientos, provocando la cólera de la reina hacia el enviado; es posible que, como se da a entender pero no se especifica, éste, apoyado en una orden superior, se excediese en su cometido ante ella y le faltase al respeto de algún modo. El emisario eleva al número de seis mil soldados de infantería y quinientos jinetes los prófugos obligados a alistarse, mencionando el nombre de algunos jóvenes, seguramente de la nobleza<sup>36</sup>. Es posible que Olimpia albergase en su palacio

36. Curcio, 7,1,37-40.

sobre todo a aristócratas y familiares de sus amigos, pues el número total parece desmesurado para un palacio, por grande que fuese; pero el texto da a entender que la protección de Olimpia se extendía a todos ellos. Las motivaciones de la reina para actuar de este modo no son claras, pero es más probable atribuirles a intereses políticos que a un sentimiento de solidaridad hacia unos jóvenes que no deseaban la gloria militar y sus madres. Tal vez Olimpia considerara que la conquista de tierras lejanas era una pérdida inútil de sangre joven y leal, tan necesaria para sostener el poder en la propia Macedonia, que era lo que más le interesaba a ella. De hecho, parece ser que lo que Olimpia deseaba ante todo, respecto a la política de su hijo, era que Alejandro regresara a casa a gobernar el reino. Y, por otro lado, aunque esta acción la indisponía con su hijo, y qué decir tiene con el regente Antípato, sin duda le ganaba apoyos entre la nobleza macedonia. Aparte de que esta capacidad de protección ante el rey y el regente ponía de manifiesto su propio poder, aunque al fin y al cabo, como hemos visto en esta y otras acciones, limitado.

El papel mediador y protector de las reinas pudo adquirir un carácter más o menos oficial. Una función de los reyes era ser jueces supremos en última instancia; hay motivos para pensar que las reinas pudieron ejercer una función similar, quizá tan sólo para los asuntos más cotidianos, inmediatos y de menor entidad, o como instancia mediadora ante el poder real<sup>37</sup>. Por una inscripción de Casandrea, sabemos que Fila III, esposa del rey de Macedonia Antígono Gonatas, tenía cortesanos propios y que los ciudadanos de Casandrea acudían a ella para negocios públicos y privados<sup>38</sup>. En otra inscripción macedonia de Beroia, la reina —probablemente la esposa de Demetrio II— aparece como garante de libertos ante el rey<sup>39</sup>.

Aunque en las reinas helenísticas no es lo más frecuente exaltar su carácter maternal e incluso su propia función como madres de herederos, sí nos recuerdan en este tipo de actuaciones las mediaciones de las madres griegas<sup>40</sup>, en este caso aplicadas en bien de la comunidad. En este sentido,

37. LE BOHEC, Sylvie: “Les reines macédoniennes à l’époque hellénistique; des femmes attentives au bien de leur peuple?”. En CROGEZ-PÉTREQUIN, Sylvie (ed.): *Dieu(x) et hommes. Histoire et iconographie des sociétés païennes et chrétiennes de l’Antiquité à nos jours*. Rouen, Universités de Rouen et du Havre, 2005, pp. 321-326.

38. HATZOPOULOS, M. B.: “Un nouveau document du règne d’Antigone Gonatas”. *Mélètemata*, 10 (1990), 135-155, en pp. 147-148; LE BOHEC, “Les reines macédoniennes”, *op. cit.*, pp. 322-323.

39. HATZOPOULOS, *op. cit.*, p. 144; LE BOHEC, “Les reines macédoniennes”, *op. cit.*, p. 324.

40. Cfr. MIRÓN PÉREZ, M.<sup>a</sup> Dolores: “Mujeres y mediación en Grecia antigua”. En PÉREZ BELTRÁN, Carmelo y MUÑOZ, Francisco A. (eds.): *Experiencias de paz en el Mediterráneo*. Granada, Universidad, 2003, pp. 155-200.

estas mujeres están cumpliendo su papel de género tradicional, pero a gran escala, o al menos fuera del ámbito familiar. Precisamente, la buena imagen de Fila respecto a otras mujeres con papel público notable, obedecía a que, al contrario que éstas, se limitó a verter su función de género al plano público, sin adoptar papeles claramente masculinos. Es decir, nunca pareció actuar en interés propio, sino de su familia y de la comunidad; en definitiva, nunca *pareció* pretender un poder político propio. Y sin duda este hecho fue bien destacado y publicitado por sus familiares varones.

Especial significado cobran las actuaciones en favor del matrimonio. Otra de las actividades —de momento exclusivas— de reinas es dotar a las muchachas pobres para que puedan casarse, como se ha señalado en Fila I. Esto va más allá de la simpatía y la piedad hacia unas mujeres que podían ver peligrado su objetivo en la vida de toda muchacha griega: casarse. Favoreciendo que cumpliesen con su rol, se permitía la continuidad de todas las familias, en esencia, la reproducción de la ciudad. Una chica sin dote tenía especiales dificultades para contraer matrimonio, y, por tanto, peligraban tanto el sistema de intercambios matrimoniales, esencial para la cohesión de la comunidad, como la continuidad de los *oikoi* humildes, con todas sus consecuencias: disminución del cuerpo ciudadano y pérdida irreparable de cultos domésticos, pues cada casa tenía sus propias divinidades (los ancestros) y rituales, esenciales en el sistema religioso griego. Por tanto, era un problema que podía conducir al descontento social y a la irritación divina. El restablecimiento de la armonía en cada *oikos* y, por tanto, de su reproducción, repercute claramente en la paz social de las ciudades. De ahí que en las ciudades-estado se establecieran mecanismos similares, pues casar a todas las muchachas era un problema de Estado<sup>41</sup>. Lo realmente revelador es que, en los reinos helenísticos, esta preocupación fuese incumbencia de las mujeres de las familias reales. Puede hablarse de solidaridad femenina, pero también de asunción, por parte de ellas, de todo lo relacionado con su papel de género, en tanto reproductoras de la comunidad. En suma, de velar por el cumplimiento correcto por parte de las mujeres de su papel de género, como garantía de orden y paz sociales.

Que no se trataba de actos de pura generosidad lo demuestra la fundación que estableció Laodice III, esposa de Antíoco III de Seleucia, para dotar a las muchachas pobres de la ciudad de Iasos, en la región de Caria, que ocupaba el suroeste de la actual Turquía<sup>42</sup>. Iasos era una ciudad no-

41. *Cfr.* POMEROY, Sarah B.: "Charities for Greek women". *Mnemosyne*, 35 (1982), 115-135.

42. Sobre la actividad evergética de esta reina, ver el reciente y excelente análisis de RAMSEY, Gillian: "The queen and the city: Royal female intervention and patronage

minalmente independiente, aunque sometida a los avatares propios de la lucha por la hegemonía de los distintos reinos helenísticos. En 201 a.C. fue conquistada por Filipo V de Macedonia, y ocupada hasta 199/198 a.C., en que los macedonios la abandonaron por la presión de Roma. Por la misma época, poco antes del fin de la ocupación, Iasos, como toda la costa de Caria, sufrió un devastador terremoto. Es en este contexto donde se inserta la intervención de Seleucia y la donación de Laodice III, que conocemos gracias a la carta enviada por la misma a la ciudad de Iasos y que ha sido conservada epigráficamente<sup>43</sup>. La reina comienza la carta exponiendo las razones de su donación:

La reina Laodice al consejo y al pueblo de Iasos. Habiendo escuchado a menudo a mi hermano<sup>44</sup> recordar la ayuda que él constantemente proporciona a sus amigos y aliados cuando recuperó vuestra ciudad, que había sido afligida por un inesperado desastre natural, os devolvió vuestra libertad y vuestras leyes, y por lo demás se propone incrementar el cuerpo ciudadano y llevarlo a una mejor condición, y ya que es mi política actuar de acuerdo con su celo y afán, y a causa de esto conceder un beneficio a aquellos ciudadanos que sean indigentes, el cual sería una ventaja general para todo el pueblo...

Laodice establece que, durante diez años, entregará anualmente a los representantes del pueblo mil medimnos áticos de trigo, y que el dinero obtenido con la venta del mismo sea destinado a proporcionar dotes a las hijas de los ciudadanos necesitados, con un máximo de 300 dracmas antíocicas para cada novia. El límite impuesto a la cuantía de cada dote sin duda estaba destinado a impedir graves desigualdades y evitar en lo posible acaparamientos fraudulentos. Hasta aquí parece un desinteresado acto de generosidad hacia una ciudad devastada. Pero Laodice concluye la carta diciendo:

---

in Hellenistic civic communities". *Gender & History*, 23.3 (2011), 510-527. Asimismo, SAVALLI-LESTRADE, *op. cit.*, pp. 421-425.

43. SEG 26, 1226; BIELMAN, *op. cit.*, n.º 30; MA, John: *Antiochos III and the cities of western Asia Minor*. Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 329-321.

44. Es decir, su esposo, Antíoco III. El tratamiento como hermanos entre rey y reina era normalmente una formalidad, frecuente en Seleucia y Egipto. En este caso, Laodice III y Antíoco III eran primos hermanos. Aunque en Egipto esta condición de hermanos del rey y la reina era a menudo literal, no era así en el Imperio seléucida, donde esta "hermandad" vendría a señalar la pertenencia de la reina a la familia real, concebida como una unidad, marcada por la solidaridad, el afecto, la devoción entre marido y mujer, y el status real de todos sus miembros. Cfr. NOURSE, *op. cit.*, pp. 234-238; RAMSEY, *op. cit.*, pp. 518-520.

Si continuáis estando bien dispuestos hacia mi hermano y en general hacia nuestra casa como es conveniente, y agradecidamente recordáis todos nuestros beneficios, trataré de ayudar garantizando por todos los medios los otros beneficios que me propongo conceder, actuando de acuerdo con los deseos de mi hermano. Porque sé que él arde en deseos de efectuar la restauración de la ciudad. Adiós.

Pocas veces un acto de *euergesia* es expresado tan explícitamente en su sentido de reciprocidad. El favor se hace a cambio de algo: en este caso asegurarse el apoyo de la ciudad de Iasos al rey de Seleucia y a su casa, es decir, a toda su dinastía, lo que incluye a los sucesores de Antíoco, pero también a ella misma. De nuevo ha de entenderse el poder real como poder de una familia, que implica a todos sus miembros. Laodice señala repetidamente que actúa así dentro de una política que mantiene su marido, pero la iniciativa —así al menos se expresa— en este caso corresponde a ella, que se erige por sí misma en autoridad interlocutora con la autoridad de la ciudad. Puede que esté actuando en favor de los intereses de su marido —o más bien de su dinastía—, pero en todo caso está haciendo ejercicio patente de poder político, aunque no sea la cabeza de éste.

El pueblo de Iasos respondió a la *euergesia*, para empezar, con honores de carácter divino. En la misma inscripción que reproduce la carta de Laodice III se conserva el decreto —en parte fragmentario— de la ciudad, en que se la honra instituyendo un sacerdocio femenino de Afrodita Laodice; una procesión anual en el cumpleaños de la reina, en la que han de participar los hombres y mujeres casaderos; y la costumbre de ofrecer un sacrificio, por parte de los novios después de la boda, a Afrodita Laodice. Asociación a Afrodita —además de diosa del amor, del matrimonio— y rituales sin duda muy adecuados a la propia actividad de Laodice como favorecedora del matrimonio<sup>45</sup>.

También recibió honores divinos en Teos, una ciudad en la costa de Jonia, que acababa de caer bajo la autoridad del Imperio seléucida, reemplazando a Pérgamo, y con la que la pareja real mantuvo una intensa relación, tanto mediante embajadas como llegando a residir temporalmente en ella<sup>46</sup>. En un primer decreto, los ciudadanos agradecen a Antíoco haber declarado la ciudad inviolable, sagrada y libre de impuestos, y a Laodice por su beneficencia hacia ella, y manda la erección de estatuas a ambos cerca de la estatua de culto de Dionisos; señalando que lo hacen

45. RAMSEY, *op. cit.*, pp. 513-514.

46. RAMSEY, *op. cit.*, pp. 514-515; SOKOLOWSKI, Franciszek: “Divine honors for Antiochos and Laodike at Teos and Iasos”. *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 13.2 (1972), 171-176.

para que también pueda verse de nosotros que respondemos con apropiadas muestras de gratitud, en toda ocasión, al rey y a la reina, y que superamos en honrarlos a ellos sus beneficios, y para que el pueblo pueda mostrar a todos que está generosamente dispuesto a responder con gratitud<sup>47</sup>.

En un segundo decreto, entre otros honores, se decide la construcción en el ágora de una fuente con el nombre de Laodice, de donde todos los sacerdotes y sacerdotisas deberán recoger el agua para sus libaciones, los ciudadanos la de sus ofrendas, y las novias la del baño para la boda, “ya que la reina está piadosamente dispuesta hacia los dioses y agradecidamente hacia la humanidad”<sup>48</sup>. Se conserva asimismo una carta fragmentaria de la propia Laodice a Teos, en la que se expresa en términos parecidos a la parte final de la carta a Iasos<sup>49</sup>. Y de nuevo, se observa la función de la reina como patrona del matrimonio, por lo que sus actos en favor de Teos pudieron tener un sentido similar a los de Iasos<sup>50</sup>.

Hubo otras reinas que atendieron las necesidades más apremiantes en las ciudades después de catástrofes naturales. Por ejemplo, hacia el año 330, en medio de una época de hambruna generalizada, Cleopatra, la hermana de Alejandro Magno, por entonces reina del Épiro, envió grano a Corinto<sup>51</sup>. Por la misma época, aparece —así como su madre Olimpia— en una lista como receptora de cincuenta mil medimnos de grano procedente de Cirene<sup>52</sup>. Se ha interpretado que este grano no fue recibido como regalo sino al precio habitual; y se ha destacado que, dentro de una lista en la que aparecen varios Estados, son las únicas personas mencionadas con su nombre, de lo que podría deducirse que ambas jugaban algún tipo de papel público oficial y legítimo<sup>53</sup>.

Una de las catástrofes naturales del mundo antiguo que más solidaridad internacional despertó fue el terremoto sufrido por la isla de Rodas en el año 227 a.C., que, entre los efectos más llamativos, supuso la destrucción del famoso Coloso. El historiador Polibio cuenta cómo los rodios supieron manejar el asunto —exagerando los daños, que desde luego eran cuantiosos, pero comportándose con gravedad y dignidad cuando solicitaban ayuda— para lograr que ciudades y reyes les hicieran fantásticas donaciones. Entre los donantes más destacados se encontraban grandes monarcas de la época,

47. MA, *op. cit.*, n.º 17.

48. MA, *op. cit.*, n.º 18.

49. MA, *op. cit.*, n.º 19D; BIELMAN, *op. cit.*, n.º 13.

50. RAMSEY, *op. cit.*, pp. 514-515.

51. Licurgo, *Contra Leócrates*, 26.

52. SEG 9, 2.

53. CARNEY, *Olympias*, *op. cit.*, p. 51.

como Hierón y Gelón de Siracusa, Prusias de Bitinia, Mitrídates II del Ponto, Ptolomeo III Evergetes de Egipto, Seleuco III de Siria y Antígono Dosón de Macedonia. Además de la gran cantidad de material de construcción y dinero que este último donó, su esposa Criseida entregó cien mil medimnos de grano y tres mil talentos de plomo<sup>54</sup>. Es la única mujer que aparece en la relación de Polibio, lo cual no deja de ser significativo, pues se trata de un personaje oscuro —se llega a decir en alguna fuente que era cautiva de guerra—, del que se sabe más bien poco —incluso se ha discutido si fue o no madre de Filipo V, al que tendría de su unión con Demetrio II—, y en una época en que supuestamente las reinas macedonias apenas tenían papel público<sup>55</sup>. En todo caso, lo que Polibio quería destacar era la generosidad de los reyes “de antaño” en contraposición con la tacañería de los de su época; no sería de extrañar que hubiese destacado la liberalidad de Antígono Dosón y Criseida frente a la figura de su descendiente, el rey Perseo, auténtico villano de su relato. En todo caso, lo que se demuestra con los hechos narrados es que incluso una figura tan “oscura” como Criseida, no sólo poseía un importante patrimonio propio y seguramente capacidad para manejarlo libremente, sino que tenía suficiente autoridad como para actuar a nivel internacional y ser reconocida públicamente. Por otro lado, aunque estas donaciones sean presentadas por Polibio como actos de pura generosidad, no debemos desdeñar los lazos de gratitud que pudieron generar, o que al menos se podía pretender que generaran. De hecho, Macedonia y Rodas mantuvieron una intensa relación en los reinados posteriores<sup>56</sup>. Y todos los grandes reinos tenían intereses en Asia Menor.

La *euergesia* se mezcla, pues, con la diplomacia en las relaciones internacionales de las monarquías helenísticas, donde las reinas pudieron llegar a jugar un peso específico. Un buen ejemplo de ello es la implicación de Arsínoe II, esposa-hermana de Ptolomeo II, en la política exterior de Egipto, en especial en la extensión de la influencia de este reino sobre las ciudades griegas. Un decreto ateniense (265/264 a.C.) menciona expresamente que el

54. Polibio, 5, 89.

55. Cfr. CARNEY, *Women and monarchy*, *op. cit.*, pp. 191-193. En cambio, LE BOHEC, “Les reines de Macédonie”, *op. cit.*, señala que las reinas macedonias de la dinastía Antigónida ejercían algún tipo de papel oficial junto al rey, tal como se infiere de la documentación epigráfica y, en menor medida, de la literaria. Sobre las fuentes acerca de Criseida, que ella identifica con Phthia, otra esposa de Demetrio II, ver LE BOHEC, Sylvie: “Phthia, mère de Philippe V: examen critique des sources”. *Revue des Études Grecques*, 104 (1981), 34-46.

56. Por ejemplo, cuando Perseo de Macedonia contrajo matrimonio con Laodice V, hija de Seleuco IV, la novia fue escoltada por los rodios en un pomposo cortejo marítimo; precisamente Perseo había donado a Rodas gran cantidad de madera para construir embarcaciones, y luego regaló una tiara sobredorada a cada uno de los marineros que había escoltado a la novia (Polibio, 25, 4, 9-11).

rey egipcio seguía la política de sus ancestros y de su hermana en su celo por la libertad de los griegos<sup>57</sup>. Lo cierto es que Arsínoe II fue muy popular tanto en Egipto como en las ciudades griegas, de las que recibió numerosos honores —divinos o no—, y ante las que se presentaba como una especie de generosa diosa de la Fortuna y la Abundancia, frecuentemente asociada a Afrodita, imagen que Ptolomeo II se encargó asimismo de fomentar<sup>58</sup>. Muchos de estos honores le fueron dedicados después de su muerte, siendo todavía rey su hermano. Seguramente esta popularidad de Arsínoe II tuvo que ver con la política egipcia hacia las ciudades griegas, que habría creado en ellas lazos de gratitud o deseos de protección —normalmente contra la más cercana Macedonia—, según el caso. Fuese intervención voluntaria y consciente de Arsínoe —cosa probable, dada su activa implicación política, no siempre pacífica, en sus matrimonios anteriores— o utilización de su persona por parte de su hermano, la anteposición de la figura de la reina sin duda contribuiría a suavizar y presentar como benefactora una clara política expansionista. Lo cual nos habla por sí mismo del prestigio alcanzado por ella, y reconocido en las ciudades griegas.

Hemos observado esta relación entre *euergesia* y diplomacia en las actuaciones de Laodice III hacia las ciudades griegas de su área de influencia. La primera donde se conocen honores —divinos y no divinos— tanto a ella como a su esposo y sus hijos fue Sardes. La situación era distinta a la de Iasos y Teos: la ciudad se había rebelado contra Antíoco, había sido sitiada y finalmente tomada por éste en 214/213 a.C., habiéndosele impuesto después severos castigos. Sin embargo, poco después el rey cambió de política y ordenó la repoblación y la reconstrucción de la ciudad, a la que él mismo ayudó. En este contexto, Laodice recibe una embajada de la ciudad, de la que da cuenta en una carta que ella dirige a Sardes, donde agradece los honores divinos que la ciudad le ha decretado, que dice “aceptamos con placer, y elogiamos el afán del pueblo y siempre intentaremos hacer favores

57. *IG* II<sup>2</sup> 687; *SIG*<sup>3</sup> 434/5; BIELMAN, *op. cit.*, n.º 12. *Cfr.* HAUBEN, Hans: “Arsinoé II et la politique extérieure de l’Égypte”. En VAN’T DACK, E. y VAN DESSEL, P. (eds.): *Egypt and the Hellenistic world*. Lovaina, W. Peremans, 1983, pp. 99-127; y LONGEGA, Gabriella: *Arsinoe II*. Roma, “L’Erma” di Bretschneider, 1968; quienes consideran que Arsinoe II fue la verdadera inspiradora de esta política. Teoría fuertemente contestada por BURSTEIN, Stanley M.: “Arsinoe II Philadelphos: A revisionist view”. En ADAMS, Lindsay y BORZA, Eugene N. (eds.): *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian heritage*. Washington, University Press of America, 1982, pp. 197-212. Entre ambas posiciones, POMEROY, *op. cit.*, pp. 17-20.

58. *Cfr.* CARNEY, Elizabeth D.: “The initiation of cult for royal Macedonian women”. *Classical Philology*, 95.1 (2000), 21-43, en p. 38; POMEROY, *op. cit.*, pp. 17-20; QUAE-BEGEUR, Jan: “Ptolémée II en adoration devant Arsinoé II divinisée”. *Bulletin de l’Institut Français d’Archéologie Orientale*, 69 (1971), 191-217; VATIN, *op. cit.*, p. 82.

a la ciudad”<sup>59</sup>. Como ha señalado Gillian Ramsey, es probable que el cambio de actitud de Antíoco se debiera precisamente a la actividad intercesora de Laodice; en ese sentido, la intervención de la reina en las ciudades sería una respuesta a la destrucción y desestabilización producidas durante las campañas militares de su marido<sup>60</sup>.

Cabe situar la acción evergética internacional de las reinas en el marco del tipo de relaciones diplomáticas desarrolladas por las monarquías griegas, relaciones que tenían un carácter individualizado y altamente personal, y se establecían en términos de parentesco —los matrimonios entre casas reales eran actos diplomáticos habituales y de amistad (*philia*), que supone relaciones de reciprocidad<sup>61</sup>. De hecho, existe una estrecha conexión entre la *philia*, el lenguaje diplomático y las relaciones de parentesco, en particular el matrimonio como amistad entre marido y mujer<sup>62</sup>. En este contexto, las relaciones que los monarcas establecen con ciudades y reinos extranjeros se encuentran definidas dentro de la *philia* personal, aunque sea entre colectividad e individuo, pero entendiendo este “personal” como inclusivo de toda su familia, pues es una dinastía, un conjunto definido por lazos de parentesco, quien tiene en sus manos el poder político. De ahí que las reinas, al ser parte de ese poder político —por más que no sean sus cabezas—, también están implicadas en las relaciones establecidas entre sus familias y el exterior.

Finalmente, quisiera hacer una alusión, aunque breve, a un aspecto del patronazgo de las reinas que apenas suele ser señalado por la historiografía. Me refiero al mecenazgo artístico. Sin duda la propia contribución a la construcción de templos y espacios públicos, algunos de elevado nivel artístico, como en Dídima por Apama y en Pérgamo por Apolonis, producía a su vez cierto patronazgo sobre los artistas que trabajaron en ellos. Y la contribución de Arsínoe III a los juegos de Tespias fomentaba la música y la poesía. Asimismo las loas vertidas en sus poemas por Calímaco y Teócrito a algunas reinas egipcias no deben entenderse como simple adulación al poder ni incluso sinceros agradecimiento y admiración hacia su papel benéfico para la comunidad, sino que seguramente detrás había un apoyo directo por parte de ellas a su trabajo. Y en estos casos puede hablarse tanto de un interés dinástico por aparecer la monarquía también como protectora y fomentadora de las artes y la cultura, como de propios gustos —incluso afectos— personales de las reinas, como expresa Cleopatra, la hermana de

59. RAMSEY, *op. cit.*, pp. 515-516.

60. RAMSEY, *op. cit.*, p. 516.

61. CARNEY, *Olympias, op. cit.*, p. 50.

62. VERNANT, Jean-Pierre: *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Barcelona, Ariel, 1973, p. 155.

Alejandro, cuando se encarga en persona de elevar la tumba de un famoso flautista<sup>63</sup>. En todo caso, estas actividades revelan seguramente inquietudes artísticas e intelectuales, en una época donde la educación de las mujeres, sobre todo de las élites, fue considerada con mayor interés. Sin duda, las reinas, además de ricas y poderosas, eran mujeres cultivadas.

#### 4.—*Mujeres, euergesia, participación pública y poder*

Las familias reales, aunque distintas a las demás, también ofrecen una división de papeles según el género. En primer lugar, salvo excepciones matizadas, el poder político explícito y formal se hallaba siempre en manos de varones. Es la tónica en el mundo griego —y también el romano—, donde el poder político estaba estrechamente ligado al militar, siendo la milicia prerrogativa exclusiva de los varones<sup>64</sup>. Pero también cabe señalar que conocemos bastantes más testimonios de *euergesia* por parte de reyes que de reinas, como asimismo por parte de varones que de mujeres en general, aunque la participación de las reinas sea más elevada respecto al conjunto de la población femenina. En ello sin duda pesan la implicación más directa de los varones en la política, un mayor patrimonio y libertad para usarlo, y probablemente una mayor publicidad.

También podemos observar algunas diferencias de género en el tipo de actos evergéticos. Las donaciones religiosas implican a ambos, aunque de nuevo el porcentaje de testimonios masculinos es mayor. En cambio, parecen actos eminentemente femeninos la intercesión en favor de acusados por la justicia, en una actitud que recuerda la mediación de las “señoras de la casa” en el mundo griego; y la preocupación por el matrimonio, ámbito de interés femenino por antonomasia, que se manifiesta en sus donaciones para dotar a muchachas pobres. Incluso cuando se trata de socorrer a poblaciones afectadas por desastres naturales, es llamativa la tendencia a que la ayuda se plasme sobre todo —aunque no exclusivamente— en socorro alimenticio. Precisamente el alimento cotidiano de la familia es otra de las funciones fundamentales femeninas en el ámbito doméstico. El evergetismo de las reinas, por lo general, tendía a ser más filantrópico y humanitario que el de los reyes<sup>65</sup>. Y está relacionado con las competencias de la reina,

63. Pausanias, 1, 44,6.

64. Cuando hallamos a mujeres al frente de ejércitos en el mundo griego, se trata siempre de gobernantes, es decir, de mujeres en el ejercicio del poder político explícito, sea o no legítimo.

65. BREMEN, Riet van: “Family structures”. En ERSKINE, Andrew (ed.), *op. cit.*, pp. 313-330, en pp. 327-338.



Mujer de la realeza macedonia tocando la cítara. Fresco procedente de la villa de Boscoreale. Nueva York, Museo Metropolitano de Arte.

que, aparte de la reproducción dinástica, están dirigidas sobre todo a la diplomacia, la justicia y la esfera socioeconómica, presentándose las reinas como propiciadoras de la prosperidad y cohesionadoras de su familia y del reino<sup>66</sup>. En este sentido, las acciones de las reinas pudieron ser complementarias a las de sus maridos, ofreciendo la cara más amable y benéfica, “maternal”, del poder monárquico, frente al claro militarismo —por más que se disfrace de todo tipo de virtudes civiles— de los reyes.

Las actividades evergéticas sin duda contribuyeron a justificar y reforzar el poder masculino, pero también la propia influencia de las mujeres que las realizaban. En este sentido, no cabe pensar en ellas como meros elementos para la propaganda masculina, sino que tendrían a menudo la voluntad de contribuir a ella, pues así cooperaban en el asentamiento y reforzamiento del poder de su dinastía, o incluso la de hacer propaganda de sí mismas y establecer lazos de amistad y gratitud, pues no debemos desdeñar sus propios intereses. Teniendo en cuenta que en una monarquía

66. SAVALLI-LESTRADE, *op. cit.*

“el solapamiento entre lo público/político y lo privado” es total, y que “el poder y la autoridad están investidos en la persona del rey, indirectamente en su esposa y sus hijos”<sup>67</sup>, las reinas se beneficiaron de esta difuminación de las fronteras entre lo público y lo privado y de su participación —más o menos explícita— en el poder, para intervenir en la vida pública y ser reconocidas en ella, para manifestar y ejercer un poder propio, aunque no fuese como el del monarca. Y éste pudo ser un aliciente que no debería pasarse por alto.

Las reinas demuestran no sólo un grado de influencia social que era propio y reconocido, sino la posesión de un importante patrimonio personal que podían emplear a su voluntad. Se ha discutido mucho el origen del patrimonio empleado en el evergetismo de las reinas<sup>68</sup>. Es posible que en algunas ocasiones provendría del propio tesoro real, nutrido fundamentalmente por tributos. Pero también sabemos que muchas reinas poseían patrimonio propio, sobre todo grandes extensiones de tierra, que constituían la fuente de riqueza fundamental en el mundo griego, pero no la única. A veces se han mencionado las cuantiosas dotes aportadas por ellas al matrimonio, como es el caso de Berenice, hija de Ptolomeo II, en su boda con Antíoco II, cuya cuantiosa dote de oro y plata provocó que fuese llamada *Phernephoros* (“portadora de dote”)<sup>69</sup>. Pero se han destacado sobre todo las donaciones por parte de sus maridos. Por ejemplo, cuando el rey Antíoco II contrajo matrimonio político con la mencionada hija de Ptolomeo II, Berenice, le vendió a su primera esposa, Laodice I, al precio simbólico de treinta talentos, una extensión de tierra de quince mil hectáreas, que ayudaría sin duda a su mantenimiento<sup>70</sup>. A Arsínoe II su primer marido, Lisímaco, le llegó a conceder ciudades enteras, y el último, su hermano Ptolomeo II, le cedió los beneficios derivados de la pesca en el lago Moeris<sup>71</sup>. Otras reinas y princesas egipcias poseyeron tierras y barcos<sup>72</sup>. Sin duda no cabe atribuir sólo su patrimonio a donaciones de sus maridos o a dotes sino, sobre todo, a herencias familiares, teniendo en cuenta que en época helenística las mujeres

67. BREMEN, “Family structures”, *op. cit.*, p. 327.

68. LE BOHEC, “Les reines macédoniennes”, *op. cit.*; NOURSE, *op. cit.*, pp. 260-266; SAVALLI-LESTRADE, *op. cit.*, pp. 426-429. Sobre las capacidades de las mujeres de adquirir bienes y de alienarlos en época helenística, ver CALERO, *op. cit.*

69. Porfirio, *FgrH* 260 F 43.

70. *OGIS* 225. *Cfr.* MARTINEZ SÈVE, Laurienne: “Laodice, femme d’Antiochos II: du roman à la reconstruction historique”. *Revue des Études Grecques*, 116 (2003), 690-706, quien, contra la opinión general, piensa que no se trataba de una compensación por divorcio, sino que se trataría de un caso —raro en la dinastía seléucida— de poligamia. De hecho, Antíoco II y Laodice I siguieron manteniendo una excelente relación, e incluso convivieron.

71. POMEROY, *op. cit.*, p. 14.

72. POMEROY, *op. cit.*, pp. 14-15.

tenían capacidad de heredar y hacer testamento<sup>73</sup>. Un caso especialmente significativo es el de Criseida. De su generosa donación a Rodas se puede deducir que no sólo poseía tierras propias, sino también minas, lo cual se contradice con su supuesto origen cautivo, que parece más bien una leyenda tardía; se ha sugerido que estas posesiones serían cesiones de su segundo marido<sup>74</sup>. Pero también podría tratarse de una herencia de su primer marido, Demetrio II, o, descartado el cautiverio, que Criseida procediera de una rica familia macedonia.

¿Qué efectos pudo tener la imagen de poder, aunque fuese a un nivel distinto a la de los varones, de estas reinas sobre el resto de las mujeres? Las reinas no fueron las únicas mujeres con patrimonio propio ni involucradas en los actos de *euergesia* en el mundo helenístico. Aunque en menor número que los varones, no faltan los testimonios de donaciones femeninas, sobre todo de carácter religioso, e incluso de grandes actos de evergetismo, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo II a.C.<sup>75</sup>. Sin duda, estas donaciones se hallan dentro de la tónica general de la época: creciente importancia de los actos de *euergesia* por parte de las élites locales; aumento de las capacidades patrimoniales y mayor presencia pública de las mujeres; y aparición de elementos dinásticos en el poder de las ciudades. Mientras que anteriormente los evergetes locales eran varones porque lo eran en función del ejercicio de cargos públicos, a partir de mediados del siglo II a.C. el evergetismo local se torna más independiente de éstos, más voluntario y filantrópico, tomando el lugar del real, en una época en que los reinos y la capacidad de los monarcas para emprender acciones generosas fuera de sus territorios han entrado en decadencia<sup>76</sup>. Para las mujeres de las élites, negado el acceso al poder político formal, la *euergesia* abría las vías para la participación pública y el reconocimiento por parte de la comunidad. Aunque, como las reinas, eran celebradas públicamente por sus virtudes domésticas<sup>77</sup>.

Aunque en su evergetismo las reinas tienden a presentarse como parte de una pareja real, mientras que las evergetes locales no suelen hacer este tipo de asociaciones, y, por tanto, el efecto imitatorio de las actuaciones de

73. CALERO, *op. cit.*, pp. 55-59.

74. LE BOHEC, "Les reines de Macédonie", *op. cit.*, p. 244.

75. BIELMAN, *op. cit.*, pp. 151-181; BREMEN, Riet van: "Women and wealth". En CAMERON, Averyl y KUHRT, Amelie (eds.): *Images of women in Antiquity*. Londres, Croom Helm, 1983, pp. 223-242; FERRANDINI, *op. cit.*, pp. 45-56; GAUTHIER, *op. cit.*, pp. 74-75; CALERO, *op. cit.*, pp. 92-103.

76. GAUTHIER, *op. cit.*

77. BREMEN, "Women and wealth", *op. cit.*

las primeras, tan ampliamente publicitadas, puede ser relativo<sup>78</sup>, sí podemos observar a veces una línea que une a ambos grupos solidariamente. La conexión está clara en el caso de Laodice III, cuyo patronazgo es, principalmente, sobre las mujeres.

Empezando en Sardes, se centró en restaurar poblaciones dañadas a través de un patronazgo de mujeres ciudadanas que les permitió casarse, criar familias, y dirigir y participar en ceremonias públicas que apoyaban la seguridad y la cohesión de la comunidad cívica. La elección de Laodice de intervenir de este modo generó una relación recíproca con las ciudades en donde la honraron como hermana consorte y reina madre, un modo de representación que realzó su autoridad real y el poder de la dinastía seléucida y se reflejó a cambio en la creciente prominencia de las mujeres en la vida pública cívica<sup>79</sup>.

No siempre el efecto es tan directo ni tan evidente. Pero a menudo la *euergesia* y los honores de las reinas conllevan el fomento o la instauración de rituales femeninos, y la creación de sacerdocios, mayoritariamente de mujeres. De este modo, favorecen la participación de las mujeres en la vida pública oficial, y sin duda propician actos de evergetismo por parte, en primer lugar —aunque no exclusivamente— de las sacerdotisas<sup>80</sup>. En cualquier caso, aunque el vínculo no sea tan directo, la intervención pública de las reinas pudo ser un referente, y cuanto menos abrir las mentalidades a considerar de manera más natural la participación femenina en la vida pública, aunque sin llegar a superar las barreras de género más inamovibles, como es el ejercicio del poder político legítimo y directo, tan sólo salvadas en parte en el Egipto helenístico más tardío.

El evergetismo fue también una de las vías principales de que se sirvieron las mujeres de las casas reales para ejercer, manifestar y ver reconocida su influencia social y política y, por tanto, su propio poder. También era una de las más asumibles por una sociedad patriarcal que concedía el ejercicio legítimo y explícito del poder político en exclusiva a los varones. Aunque su manifiesta irrupción en los espacios públicos como figuras con poder, podría hacer pensar en una transgresión de los papeles tradicionales de género, su carácter colaborador y no contradictorio con el poder político

78. BREMEN, "Family structures", *op. cit.*, p. 328.

79. RAMSEY, *op. cit.*, p. 516; ver especialmente pp. 523-524.

80. Ver KRON, Uta: "Priesthoods, dedications and euergesism. What part did religion play in the political and social status of Greek women?". En HELLSTRÖM, Pontus y ALROTH, Brita (eds.): *Religion and power in the ancient Greek world*. Uppsala, University of Uppsala, 1996, pp. 139-182. Un efecto similar puede observarse en las sacerdotisas del culto imperial romano. Cfr. MIRÓN, *Mujeres, religión y poder*, *op. cit.*, pp. 193-215.

formal, permitía que no sólo fuesen consideradas sus actuaciones como aceptables, sino también como necesarias en tanto complemento de las formas de poder más militaristas de los varones. En ese sentido, contribuían estrechamente a la justificación y el mantenimiento del poder de sus dinastías, al tiempo que lo hacían a la paz y cohesión sociales, así como a las relaciones internacionales de carácter más pacífico. En los casos en que los actos evergéticos femeninos se manifestaban como expresiones de poder propio o incluso se enfrentaban al poder formal —caso de algunas actuaciones de Olimpia— las reticencias que suscitaban podían llegar a ser insuperables. Por tanto, el evergetismo nos habla tanto de la participación en el poder político de las reinas como de las limitaciones de la misma.

Mas, con todas estas limitaciones, no cabe desdeñar un interés propio de las reinas, una voluntad de servirse de aquellos mecanismos que su posición les ofrecía y que eran asumibles en su condición de género, para hacerse valer como personas dotadas de poder político, aunque no fuese en el mismo plano que los reyes. Esta experiencia previa debió de ir abriendo las mentalidades hacia una asunción más natural del poder político de las mujeres. De aquellas reinas que, en el Egipto de finales de la época helenística, dieron el paso de asumir el poder político formal, por encima de los varones, aunque fuese “sin la completa investidura”.